

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Lunes, 09 de Noviembre de 2009



La imagen es la del abrazo que dos hermanos se dan efusivamente tras casi treinta años sin poder hacerlo. Las lágrimas abruman no sólo a ellos, sino también, a las cientos de miles de personas que se agolpan en torno a las inmediaciones de la puerta de Brandenburgo, en la mismísima cicatriz que nunca parecía sanar del todo y que Berlín llevaba sufriendo desde agosto de 1961. A través del televisor se puede palpar el entusiasmo, el clamor y el orgullo, pero sobre todo y ante todo, la felicidad de un pueblo, de una gran nación que ya está cansada de soportar la peor de todas las hipotecas que un país puede pagar. Toda esa gente está sumida en una nube, de la que, estoy convencido, nadie se quiere bajar. Cuando el sueño es tan irrealizable, tan utópico, tan imposible, ocurre que cuando finalmente se cumple, nadie parece creer que se está cumpliendo. Y los dos hermanos, que ya cuentan con más de setenta años de edad, no pueden dejar de mirarse, estupefactos, absortos en su propia felicidad. Una felicidad que se les negó por más de tres décadas. Y tres décadas en las que solo las cartas y las fotos que pasaron el control policial, han podido consolar lo que no tiene consuelo. Todo ha sucedido muy rápido, frenéticamente. Algo olía a podrido en el bloque comunista de Europa, pero nadie podía adivinar que la putrefacción fuera tan profunda.

Como saben, tras la derrota del nazismo, Alemania quedó ocupada y dividida en cuatro zonas entre las potencias vencedoras: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética (actual Rusia). Se acordó en Potsdam, en julio de 1945, que en 1948 Alemania debía tener de nuevo un gobierno y un Estado independiente. Pero las rencillas entre Truman y Stalin, es decir, entre norteamericanos y soviéticos, propició el inicio de la Guerra Fría, y consumió algo que los alemanes de entonces, ni el propio Hitler pudo imaginar: la ruptura de Alemania. En 1948, Francia, Inglaterra y Estados Unidos unieron sus zonas de ocupación y crearon la República Federal de Alemania, con capital en Bonn. Como respuesta, Stalin y los soviéticos, crearon una república comunista en su zona, la República Democrática de Alemania. Berlín, la ciudad símbolo de los alemanes, también quedó dividida entre occidentales y comunistas. Pasó, desde 1947, a formar parte, como una pieza más, básica, del tablero de ajedrez que fue la Guerra Fría. En 1948, Berlín sufrió el bloqueo por parte de los comunistas, ya que su parte occidental, que pertenecía a la RFA y no a la RDA, estaba rodeada perfectamente por sus cuatro costados por la propia RDA. En cualquier caso, era el ejército de la URSS quien controlaba la situación. Los berlineses occidentales estuvieron a punto de verse sin abastecimiento. Truman lo burló amenazando a Stalin seriamente: si un solo avión americano era batido por artillería antiaérea o fuego aéreo soviético, los Estados Unidos se considerarían en guerra con la Unión Soviética. Detrás pesaba la amenaza nuclear americana. La URSS no tenía aún arsenal nuclear. Así vivió Berlín hasta 1989. El abastecimiento de la ciudad se hizo usando el espacio aéreo de la RDA (no había otra forma de llegar a Berlín occidental, ya que por tierra, la RDA había cortado todas las comunicaciones).

Esta situación se prolongó en el tiempo, pero andado éste, la situación en la parte oriental, la comunista, se hizo insostenible. Entre 1955 y 1961, la “sangría” de población, de gente que pasaba de Berlín oriental al occidental, era una vergüenza para las autoridades comunistas de la RDA. Entonces, se decidió en agosto de 1961 en poner freno a ello. Y se optó por amurallar la ciudad, es decir, enjaular a todos los berlineses orientales que huían de la miseria del régimen comunista. La Stasi controló toda la vida, tanto pública, como privada, de los alemanes orientales, con métodos y prácticas heredadas, sin tapujos, de las SS, la policía secreta nazi. Nadie lo pudo adivinar. De hecho, a muchos alemanes les pilló de improviso y nunca pudieron regresar a su Berlín. De repente, una mañana de agosto, en 1961, los soldados comunistas, comenzaron a levantar una enorme alambrada de pinchos, electrificada, que dividía físicamente todos y cada uno de los barrios de la ciudad de Berlín. La condena internacional fue unánime, a excepción del bloque comunista. Kennedy visitó Berlín meses después, y pronunció su famoso discurso: *Yo también soy berlinés*. Muchos fueron los valientes que se jugaron el físico y la cárcel por traspasar las alambradas electrificadas y cruzar a la tierra prometida: Berlín Occidental. En los años 80, con Honecker como presidente de la RDA y Breznev como presidente de la Unión Soviética, sustituyeron las alambradas por muros de hormigón. De modo que, en realidad, el muro solo estuvo en pie unos diez años.

Mijail Gorbachov es uno de los nombres imprescindibles para la Historia del siglo XX, y para nuestro mundo actual. Él fue quien, desde su subida a la presidencia de la URSS, en 1985, propició el final de la guerra fría, y la disolución del bloque comunista, aunque todo hay que decirlo, él solo quería reformarlo, nunca disolverlo. La *Perestroika* era el nombre clave del final de todo. En Polonia, el régimen de Jaruzelski acabó cediendo en 1986 ante Lech Waleza y su partido *Solidaridad*. En Hungría, en 1987, el nuevo líder del partido comunista Janos Kadar consiguió democratizar y capitalizar el régimen, y desvincularse del pacto de Varsovia. Posteriormente se le unirían ya en 1989 Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia y los países desgajados de la URSS.

La RDA estaba soportando una gravísima crisis económica, ya durante mucho tiempo, pero que se acuciaba a finales de los ochenta. Honecker ya no tenía la displicencia de Gorbachov, y en su propio país, la gente comenzaba a protestar con fuerza. En 1987 comenzó la revolución. Miles de alemanes viajan por tren y por avión hasta Hungría, donde el nuevo líder Kadar, comenzaba la apertura de su sistema. Los alemanes orientales que llegaban a Budapest buscaban refugio político en la embajada de la RFA, la Alemania Occidental. Los germano-occidentales no sabían si tratar a esa población de refugiados o de repatriados. Se inició la llamada “Crisis de las embajadas”. Hasta 7000 alemanes llegaron a colapsar la embajada RFA en Hungría. Helmut Kohl, presidente de la RFA, decidió trasladarlos a la RFA como repatriados. Inmediatamente, Honecker prohibió bajo pena de cárcel cualquier intento de salir de territorio RDA. Con motivo de una visita oficial de Gorbachov a Berlín Oriental, los alemanes orientales comenzaron a vitorear al líder soviético, y silbaron con fuerza contra Honecker, su presidente. Tras ello, Honecker permitió de nuevo los viajes internacionales, pero a cambio, quienes viajaran debían prometer que regresarían. De nuevo, los alemanes orientales colapsaron, en este caso, la embajada de la RFA en Praga. Ahora eran casi 10 000 alemanes quienes habían saltado la verja en Praga. Era septiembre de 1989. Honecker dimitió, y Egon Krenz fue nuevo presidente de la RDA. Krenz simpatizó de inmediato con Gorbachov e inició su propia *Perestroika*. La crisis de las embajadas se saldó con otros 10000 alemanes orientales “repatriados” por los occidentales. Finalmente, el 8 de noviembre de 1989, el ministro del interior de la RDA, Shawoski, en una conferencia de prensa, anunció como sorpresa que los germano-orientales podrían desplazarse sin ningún tipo de traba por todas las fronteras, incluida Berlín. Un periodista preguntó que cuando entraba en efecto la medida, y declaró que, *ya está vigente*. La noticia corrió como la pólvora, y el muro cayó por su propio peso. El inicio de la Reunificación alemana había comenzado. Eso, y la reconciliación. Y por supuesto, el reencuentro.

Ahora, estos dos viejecillos miran en 1989 a su otro hermano como a un extraño al que llevaban mucho tiempo sin ver. Ajustan una cuenta, la del tiempo que les han robado, y que ya nadie les podrá pagar porque no hay donde cobrar esa factura. Recuerdan cómo su madre, ya anciana, se desgarró su pierna derecha al tratar de atravesar la alambrada de espinos y casi se desangra en pleno muro. El uno llora al recordar que no pudo acudir siquiera a abrazarla porque los soldados comunistas no lo dejaban acercarse hasta allí. El otro, mira amargamente el cielo estrellado de Berlín. Su madre se perdió el momento que estaban viviendo en ese instante. Y sin embargo, miran a sus hijos y sus nietos que también están con ellos. Y están alegres porque ellos ya no tendrán que saludarse a través de un triste papel manchado con letras muertas. No tendrán que enviarse fotos rancias y descoloridas. Y cuando miren hacia Brandenburgo, ya no verán nunca más la cicatriz de una guerra ficticia, ya que nunca se produjo, pero una guerra que duró más de cuarenta años.



La división de Alemania tras la conferencia de Potsdam, en 1945.



Mapa del reparto efectivo de Berlín. En rojo intenso, el muro ya difunto de Berlín.



Momento de aquel día de agosto de 1961 cuando comienza a construirse el muro de ladrillo y alambradas.



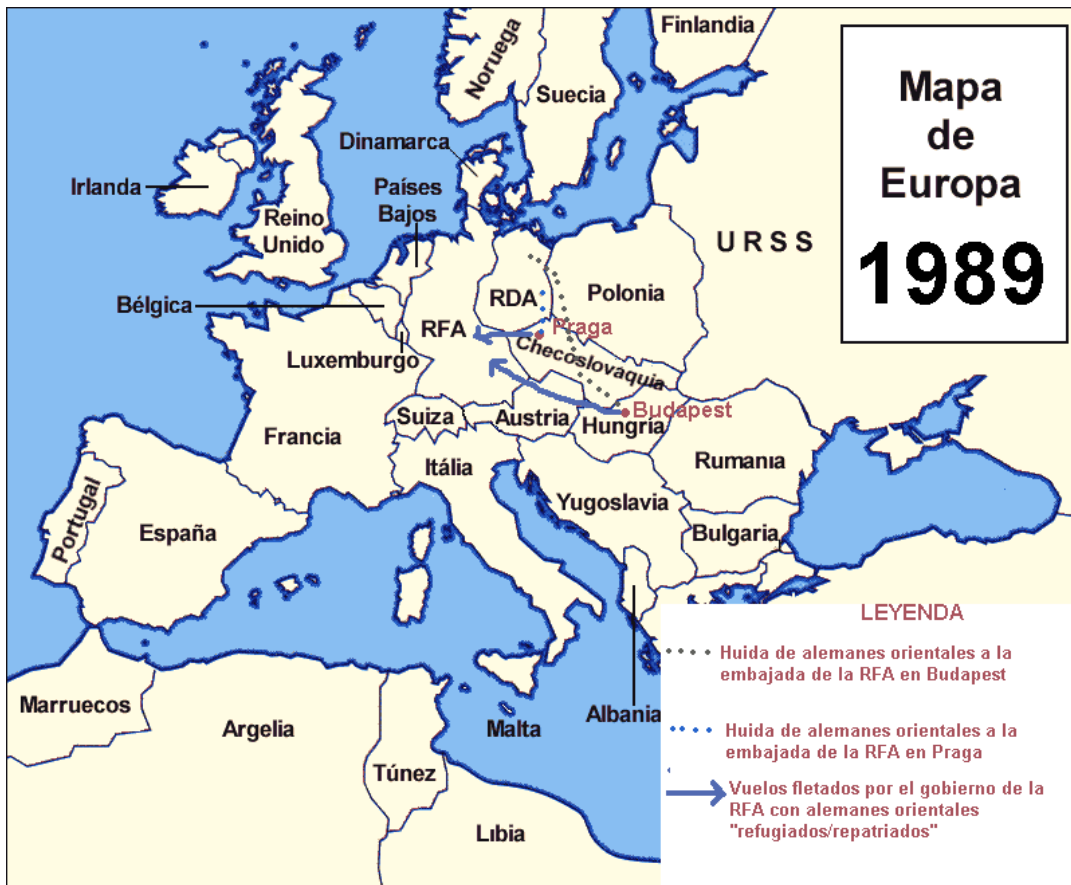
El 9 de noviembre de 1989, los berlineses acudieron al muro con porras para eliminar físicamente lo que políticamente ya no existía.



El famoso beso de Honecker y Breznev. Poco quedaba ya al comunismo para su acta de defunción.



Firma del tratado de reducción de armamentos de Helsinki en 1987. Gorbachov y Ronald Reagan representan a las dos superpotencias. Muchos consideran este acto como la firma de defunción de la Guerra Fría.



MAPA DE LA CRISIS DE LAS EMBAJADAS, septiembre-noviembre de 1989.

TODOS LOS MUROS ACABAN CAYENDO TARDE O TEMPRANO. ISRAEL DEBE TIRAR EL SUYO EN CISJORDANIA.

VENEZUELA DEJAR EN PAPEL MOJADO SU PROYECTO DE MURO CON COLOMBIA.

LOS ESTADOS UNIDOS DEBEN DERRIBAR EL SUYO EN LA FRONTERA CON MÉXICO.

Y ESPAÑA DEBE RETIRAR LOS SUYOS DE CEUTA Y MELILLA.

VK. 20 AÑOS DESPUÉS DE LA CAIDA DEL MURO DE BERLÍN.